

Uruguay, país de paradojas

Por Carlos Álvarez

DOCUMENTOS

Es un buen momento para que los actores sociales y económicos que tienen muy clara la necesidad de procesar cambios estructurales que le permitan al Uruguay insertarse en el mundo y retomar el camino de la generación de riqueza den señales de estar concientes que el contenido que tenga el próximo gobierno depende mucho de que ellos estén dispuestos a rodear y apuntalar a quienes se animen a producir estos cambios, independientemente del color político que tengan. En última instancia en este país de paradojas no sería imposible que algunas de las transformaciones que reclamamos históricamente los liberales las termine instrumentando la izquierda.

Carlos Álvarez es Licenciado en Administración de Empresas. Convencional por el Partido Liberal. Es fundador y editor de la revista “Enfoques Liberales” y panelista del programa radial “Expresión Liberal”.

Ha organizado foros y conferencias para el Instituto Liberal Friedrich Von Hayek y colabora habitualmente con medios de prensa locales en el análisis de la realidad uruguaya desde una perspectiva liberal



Todo indica que, dejando atrás cinco años de recesión, este año el PBI uruguayo crecerá un espectacular 9% y que las cuentas del estado cerrarán con un superávit primario (antes de pago de intereses de la deuda) del 3,5%. La devaluación en 2004 será prácticamente inexistente y el desempleo se reducirá del 18% al 13% o menos (en el último año se crearon 95.000 puestos de trabajo) y la inflación rondará el 7%. La inversión tanto de residentes como de extranjeros aumentó espectacularmente y la última temporada turística fue la mejor que se recuerde.

¿Cómo explicar entonces que el partido de gobierno (Colorado) recoja solamente el 12% de la intención de voto para las elecciones generales de octubre próximo y que un médico oncólogo con nulos conocimientos de economía, armado de un discurso populista con fuertes apelaciones emotivas, cuente con la adhesión del 50% del electorado? La única amenaza que se le presenta en el horizonte electoral al líder del Frente Amplio, el Dr. Tabaré Vazquez es el ascendente candidato del Partido Nacional (o Blanco), Jorge Larrañaga, que levanta un conjunto de ideas programáticas prácticamente calçadas del programa de gobierno de la izquierda. Los blancos recogen el 30% de la intención de voto y posiblemente crezcan algún punto más, pero difícilmente pasen su techo del 35%.

Paradójicamente en un país al que parece estarle yendo bien (al menos en los números), a 100 días de las elecciones el 80% de la población reclama cambios que profundicen la intervención del estado en la economía. Peor aún: la figura política más popular del Uruguay es el ex guerrillero tupamaro José Mujica, hoy senador del Frente Amplio.

La explicación a estas paradojas está en que en los cinco años de recesión, que comenzó con la devaluación de Brasil en 1999, el país experimentó un fenomenal deterioro económico y social cuyo pico más dramático se situó a mediados de 2002 cuando, tras la crisis de Argentina, el gobierno se vio obligado a devaluar y quebraron cuatro de los más grandes bancos privados, en tanto la banca comercial pública, que captaba la mitad de los depósitos del sistema, no pudo hacer frente a los vencimientos de depósitos a plazo fijo, devolviéndolos en cuotas a varios años.

En medio de un feriado bancario que parecía interminable (duró una semana) se pudieron devolver los depósitos a la vista, gracias a un crédito puente de la Tesorería de EEUU por mil quinientos millones de dólares que se aprobó en 48 horas. Así pudo mantenerse la economía con vida y evitar el caos social que se insinuó a comienzos de agosto. Paradójicamente la casi totalidad de los uruguayos, incluidos los que pudieron retirar sus sueldos de los cajeros automáticos gracias a ese crédito, creen que esos U\$S 1500 millones fueron "para salvar a los bancos" y odian profundamente a los EEUU...

A principios de 2003 se hizo evidente que el país no podría hacer frente a los vencimientos de su deuda soberana y se encaró un proceso de canje voluntario que recibió una adhesión casi unánime de los tenedores de bonos, evitando caer en default y dándole un respiro a la economía. En cualquier parte del mundo una operación de ese estilo hubiera sido considerada un formidable triunfo del gobierno, sin embargo la mayoría de la gente, comparte la crítica del líder

izquierdista que opina que se debió haber negociado una quita de capital.

La situación social es realmente complicada. Al cierre de 2003, de una población económicamente activa de alrededor de 1.250.000 personas 670.000 (el 54%) tenían problemas de empleo, 200.000 estaban desocupadas, otras 200.000 estaban sub ocupadas y 270.000 si bien trabajaban no estaban amparados por la seguridad social. Esta situación combinada con los bajos niveles de salarios y jubilaciones determinan que 800.000 personas se hallen bajo la línea de pobreza, entre ellos la mitad de los menores de edad.

La momentánea superación de la recesión responde exclusivamente a factores coyunturales de origen externo (entre ellos que no estamos amortizando capital de la deuda) y al hecho de que los números actuales de la economía se comparan con los del peor momento que haya vivido el país. Por eso lucen espectaculares. Pero cuando 2005 se compare contra 2004, los números no van a causar el mismo efecto. Ni que hablar si la coyuntura regional y mundial que hoy nos favorece se revierte.

Pero por sobre todas las cosas, la recuperación económica no es lo suficientemente fuerte como para revertir el malestar social de vastos sectores de la población. En buena medida este malestar se explica porque la capacidad de consumo de estos sectores ha caído mucho en estos cinco años. Pero también existe un fuerte sentimiento de angustia por la quiebra de un modelo de desarrollo social vertebrado en torno a la acción del estado, que garantizaba acceso casi igualitario a servicios de salud, enseñanza, vivienda y seguridad social, amortiguaba las diferencias sociales extremas y permitía la movilidad social y la existencia de una sociedad integrada y mesocrática, soporte de un sistema democrático que llegó a ser un paradigma regional.

Ese desarrollo de la sociedad fundado en el protagonismo estatal, tenía un soporte económico basado en un modelo agroexportador y de sustitución de importaciones que fue pulverizado por la revolución científico técnica y la globalización económica que desplomó el precio de las materias primas de origen agropecuario y expuso a la frágil producción industrial nacional a la competencia regional y extraregional.

Uruguay basó su prosperidad en las ventajas naturales para producir alimentos a bajo costo exportando a mercados de alto poder adquisitivo. El desarrollo de la ciencia y la técnica, al que Uruguay asistió como mero espectador, determinó que el valor económico se trasladara a la producción de bienes de alto contenido tecnológico en detrimento de la producción primaria y que la producción industrial de alta escala, basada en las nuevas posibilidades tecnológicas rebajara sensiblemente la competitividad de nuestra producción semi-artesanal surgida de un mercado pequeño, tanto en número de consumidores como en capitales disponibles.

Uruguay fue incapaz de ver el enorme campo de oportunidades que le deparaba la aceleración del proceso de globalización de la economía y mucho menos de transformarse para aprovecharlas. Este fracaso en la inserción en un mercado mundial que cambió rápidamente, determinó la imposibilidad de mantener la eficiencia de aquel modelo de

Estado Asistencialista que tan buen resultado había dado en el pasado y que había moldeado nuestra conciencia social, nuestra idea de lo que debía ser la vida en sociedad, y el papel que el Estado debía jugar en ella.

Los últimos años de la dictadura militar y los primeros de la recuperación democrática experimentaron más agudamente esta contradicción entre la expansión de las expectativas sociales en cuanto a prestaciones públicas y las posibilidades cada vez menores del aparato productivo de financiarlas.

Comienza entonces una discusión en torno a la necesidad de procesar reformas estructurales en el modelo tradicional, con estilos diferentes tanto Sanguinetti y Batlle dentro del Partido Colorado o Lacalle dentro del Partido Nacional a su turno de gobierno ensayaron ciertas transformaciones. Pero como en otras partes de América Latina estas transformaciones no estuvieron enfocadas a darle mayor apertura y transparencia a los mercados, sino a transferir servicios públicos de la órbita estatal a la privada, a cambio de la realización de inversiones que el estado no podía hacer y de algún canon que le otorgara cierto respiro a las cuentas públicas, siempre en rojo. Lejos de ser liberales estas reformas fueron mercantilistas, lejos de proponerse abandonar el modelo estatista, buscaban la forma de hacerlo financieramente más viable. Pero el liberalismo (“Neoliberalismo”) cargó con las culpas y paso a ser el lobo del cuento de Capercucita.

En los últimos años el drama del país ha girado en torno al problema de convivir con esta dicotomía inviable de mantener un modelo social fuertemente demandado por la gente pero imposible de sustentar económicamente. Entonces se degradaron las prestaciones al mínimo tolerable: Jubilaciones bajas, hospitales desabastecidos, policía fácilmente corrompible, liceos y escuelas superpobladas y sin recursos, Asignaciones Familiares ridículas, etc. Y a su vez se aumentó a extremos intolerables la carga impositiva (llega hoy al 31%) viviendo de ajuste en ajuste. La gente percibe con razón que a pesar de estar agobiada por los impuestos las prestaciones que recibe a cambio son de mala calidad.

Durante la primera presidencia de Sanguinetti (Colorado 1985-1990) y parte de la de Lacalle (Blanco 1990-1995), el modo de financiar el desfasaje fue mediante la emisión de moneda. Cuando la inflación se volvió intolerable se adoptó el “ancla cambiaria” y el precio pasó a pagarse con pérdida de la capacidad competitiva de la producción nacional y cuando esto no fue suficiente empezamos a endeudarnos para financiar los déficits, trasladando el problema a las generaciones futuras. Las formas de tratar de eludirlo fueron cambiando, pero la naturaleza del problema es la misma: No hay soporte económico real para el modelo de Estado que se pretende mantener.

El intento de procesar las reformas en el estado fue muy resistido, los partidos tradicionales encontraron siempre en el viejo modelo campo fértil para el clientelismo político y el ciudadano se acostumbró a cambiar respaldo político por prebenda. Para la izquierda, la coincidencia en el tiempo de la caída del sistema de países socialistas con el intento de los partidos Colorado y Blanco de reformar el modelo de estado de bienestar le permitió abandonar una ideología que

el electorado claramente no aceptaba y sustituirla por la ideología dominante en la cabeza de la gente. Un negocio redondo. Tal vez la mayor paradoja del actual momento político uruguayo sea ver a ex guerrilleros (convertidos hoy en parlamentarios) promover el modelo de país contra el cual se levantaron en armas hace más de treinta años.

A partir del triunfo electoral en Montevideo en las elecciones de 1989 surge el liderazgo de Tabaré Vázquez. El ex Intendente capitalino interpreta a la perfección el cambio de paradigma ideológico de la izquierda. A partir de su llegada al liderazgo partidario establece su propio modelo de relacionamiento con la sociedad, muy distinto del de la izquierda tradicional.

Tabaré Vázquez asume como propio el conjunto de demandas insatisfechas de la sociedad y le atribuye su origen a la venalidad de estructuras partidarias tradicionales que se han aliado con el capital transnacional para robar la renta de los uruguayos. Todo su discurso puede resumirse en ese concepto. Según la propuesta de Tabaré Vázquez no hay causas económicas o culturales en los problemas de nuestro país. Ni siquiera es un tema de ideología, es lisa y llanamente un problema ético.

Tabaré Vázquez desideologiza por completo a la izquierda. El discurso del líder carismático sustituye a los sesudos análisis de antaño. La discusión, el análisis y la propuesta son relegados a un segundo plano, solo importa interpretar fielmente los deseos, expectativas y frustraciones de la gente, empatizar con esos sentimientos y asumir el compromiso con la “problemática” sin explicar mucho la “solucionática”, sobre todo comprender y solidarizarse con los problemas de la gente...culpar al “modelo liberal” y a los “políticos corruptos” y hacer un discurso fácilmente digerible por la gente menos informada e interesada en la política.

Esta estrategia de dividir a los uruguayos en buenos y malos para conquistar el poder le dio excelentes resultados y está a punto de catapultarlo a la Presidencia de la República. La paradoja está en que luego de asumido el poder, esta estrategia le asegura un aislamiento absoluto. La izquierda ha alimentado la ilusión de la gente de revivir el modelo de país de sus padres y sus abuelos. Explícita y reiteradamente Vázquez les ha dicho que es posible y necesario. La transformación de la izquierda en fuerza política mayoritaria no se produjo por un viraje ideológico masivo, sino por la brutal necesidad de la gente mas humilde y más desinformada de alentar la esperanza de superar su condición, de recibir una explicación sencilla para su pobreza y una receta indolora y rápida para salir de ella. Vázquez se la ha proporcionado como los culebrones de la tarde alientan la ilusión romántica en la vida rutinaria de las amas de casa, como un pastor pentecostal reparte milagros a manos llenas. El nuevo gobierno asumirá en medio de la mayor floración de esperanzas que el Uruguay haya conocido. Le espera una formidable acumulación de reclamos y expectativas (muchas de ellas muy justas) que la dirigencia y la militancia del Frente Amplio han compartido, alimentado y reivindicado y que por añadidura parten de sectores sociales que han sido su sustento histórico y de otros que le han permitido últimamente transformarse en fuerza mayoritaria.

La forma en que maneje estas expectativas se transformará en el talón de Aquiles de un eventual gobierno de izquierda: Si cede “generosamente” a los reclamos, disparará el gasto y la consecuencia será el déficit fiscal financiado con endeudamiento y emisión. Un camino seguro hacia la hiperinflación y el desastre. Si prima la lucidez y privilegia la austeridad, tendrá que explicarlo apelando a la “herencia maldita”, a la búsqueda de chivos expiatorios, de conspiraciones antipopulares y antinacionales. Es decir tendrá que apostar a confrontar y a compensar a su militancia histórica con gestualidad: Llevar ex gobernantes a los juzgados, insistir con el revisionismo en torno a las violaciones de DDHH durante la dictadura, mucho discurso antiyanki y anticapitalista, etc.

Si se configura un escenario de frustración social y aislamiento político del gobierno, el fantasma de la radicalización, la violencia política y el autoritarismo estarán a la vuelta de la esquina.

Por supuesto este escenario no es fatal. Hay otra posibilidad en el horizonte, muy tenue, pero posibilidad al fin, de que la izquierda aproveche su importante respaldo popular, su imagen de honradez y su capital de credibilidad para tomar el toro por las astas, se plante frente a los problemas históricos del Uruguay y ensaye una respuesta sensata. En los últimos días Vázquez hizo pública su intención de nominar a Danilo Astori, como Ministro de Economía.

Este economista de centro-izquierda con imagen de pragmático y realista, ha promovido un discurso destinado a tranquilizar a los inversores y al empresariado nacional que ha sido bien recibido incluso entre los liberales: Asegura que mantendrá el equilibrio fiscal, que cumplirá los compromisos tanto con los tenedores de bonos como con el BID y FMI, que propiciará la caída de los monopolios y revisará la inamovilidad de los funcionarios públicos, al tiempo que asegura que el estado debe reducirse. Un programa difícil de asimilar por sus adherentes pero bastante alineado con las necesidades de la economía uruguaya.

Por supuesto que se trata de un discurso de campaña y por tanto hay que tomarlo con pinzas, pero no deja de ser una señal positiva. Es un buen momento para que los actores sociales y económicos que tienen muy clara la necesidad de procesar cambios estructurales que le permitan al Uruguay insertarse en el mundo y retomar el camino de la generación de riqueza den señales de estar concientes que el contenido que tenga el próximo gobierno depende mucho de que ellos estén dispuestos a rodear y apuntalar a quienes se animen a producir estos cambios, independientemente del color político que tengan. En última instancia en este país de paradojas no sería imposible que algunas de las transformaciones que reclamamos históricamente los liberales las termine instrumentando la izquierda.

El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) se constituyó como Fundación el 26 de febrero de 2003 con el objetivo de promover el fortalecimiento de la democracia, el estado de derecho y las libertades económicas en los países de la región. Para tal fin, realiza actividades de análisis, investigación y difusión.

Av. Roque Sáenz Peña 628 piso 2º Of. “R”
(C1035AAO) Buenos Aires - Argentina
E-mail: centro@cadal.org
Website: www.cadal.org